

“Queremos hacer el curso de buceo” dijo Marco, un joven de 28 años de buena presencia y la postura de las personas con mucha autoconfianza. Sonreí y dije: “¡Excelente! Han llegado al mejor lugar”. Tomada de su mano, estaba Alejandra, una chica bajita, pecosa y un poco tímida.

Esta historia la he visto muchas veces: el chico es valiente, intrépido, arrojado. Pregunta por todo, se prueba un par de neoprenos, se compra una máscara y unas calcomanías para el auto. Ella va a acompañarlo a él y lo mira.

En sus primeras clases teóricas, tanto Marco como Alejandra se mostraron muy atentos, interesados y divertidos. Mi impresión inicial se acentuaba: mientras el preguntaba por profundidades, barcos, cuevas y aventuras, ella preguntaba por encuentros con tiburones y accidentes de descompresión. Con paciencia y entusiasmo, el instructor les explicaba cada una de las dudas y trataba de calmar el ansia de él por la adrenalina y el terror de ella por ahogarse o que se la coma un tiburón.

En la alberca la tendencia cambió: mientras Alejandra superaba las pruebas una a una casi sin dificultad, Marco tuvo algunos problemas de ansiedad al realizar los ejercicios de máscara y un poco de temor al descender a la fosa. Como siempre, la experiencia del instructor hizo que todo saliera perfecto y al cabo de algunas semanas ambos terminaron el curso sin ningún tipo de problemas y listos para las primeras inmersiones “en serio”.

En el gran día, a bordo del barco, Marco se demoró más de lo esperado en armar su equipo e incluso sin muchas ganas fue ayudado por Alejandra. En el descenso, Marco tuvo todos los pequeños inconvenientes que bien conocemos: dolor de oídos, flotabilidad poco eficiente, patada de bicicleta... nada que no esperemos de vez en cuando de algún alumno nuevo, pero... todo junto.

Esta es la típica situación del “hombre” que se anima a todo: motocross, bungee, paracaídas; muchísima adrenalina, algunos golpes, muchas anécdotas. El buceo es muy diferente. Si bien es considerado “deporte extremo” (yo lo considero “deporte interno”) es el más seguro de ellos. Es extremo ya que uno evidentemente está en un ambiente hostil, donde una falla seria puede provocar un accidente grave pero precisamente para eso, para que el alumno esté seguro, es que damos los cursos.

En el buceo recreativo, normalmente no hay competencia. No hay gran generación de adrenalina, tampoco es necesario un extenuante gasto físico. Pero sí un gasto mental, y a veces cuesta enseñar exactamente eso: es un deporte de concentración, donde todo se hace lento y tranquilo, pero sobre todo pensando.

Acompañé a Marco en el descenso; lentamente y con paciencia, haciendo señales de “OK” cada 2 metros, llegamos hasta el fondo de arena, donde Alejandra y el instructor ya iniciaban algunos ejercicios. Al terminar la “clase”, comenzamos a pasear por el arrecife cercano. Era como si Alejandra hubiera buceado toda su vida, manteniendo la flotabilidad y sus manos quietas, mientras que Marco estuvo a punto de arrancarme la máscara de un manotazo y avanzaba con una patada muy poco efectiva. A los 25 minutos, veo que Marco estaba llegando a su límite de aire, por lo que dimos por acabado el paseo.

De vuelta en el barco, Marco me pedía disculpas por todo lo ocurrido, algo avergonzado. Le conté que no se hiciera problema, que es una situación normal y que no había hecho nada realmente malo, y todo lo incorrecto se corre-

giría con experiencia. Pero lo que más me asombró, fue que reconoció que Alejandra había buceado mucho mejor que él. Se sentía incómodo, pero mostró humildad y temperamento al pedirme que lo ayudara un poco con su flotabilidad.

Conozco muchos casos como este, en el cual en el inicio, el “aventado” es el hombre y la chica solo “acompaña”, pero a la hora de la verdad quien muestra un mayor control, dominio y facilidad, es la chica. Señores: no tiene nada de malo... no tenemos que sentirnos avergonzados. Seguramente jugando al fútbol o al basquetbol la situación vuelve a dejarnos mejor parados.

Marco y Alejandra están tomando su curso de Rescue Divers, son excelentes alumnos, increíbles buzos y nunca tuvieron ningún inconveniente en sus más de ciento cincuenta inmersiones juntos. Eso sí: Marco sigue asintiendo que entre los dos, quien bucea mejor es Ale.

Nacho.  
El Mar Azul.